

las narices, y la repudian; son muy obedientes á sus mayores y les tienen grande respeto; enseñan y castigan á sus hijos, á diferencia de las otras naciones que no tienen castigo alguno. Précianse mucho de hablar verdad, y se tiene por afrentado el que cogen en mentira; y aunque por ser una nación es toda una lengua, como está tan dilatada, no deja de variar algo por algunas rancherías, pero no cosa que no se entienda muy bien; y comenzando desde el principio de ella, cuando vamos al Nuevo México, que es la Provincia de los Apaches del Perrillo, corre por esta parte al Occidente hasta la mar del Sur, adonde hay más de trescientas leguas, y va continuando al Norte, sin que por allí le hayamos hallado fin, y se topa en el estrecho de Anian; y haciendo con esta nación el cerco al Nuevo México por la banda del Oriente, se ensancha más de cien leguas, hasta volver á topar con la Provincia del Perrillo, haciendo en esto más de trescientas leguas de circunferencia al Nuevo México en sus fronteras. Es nación tan belicosa toda ella, que ha sido el crisol del esfuerzo de los españoles, y por esto los estiman mucho, y dicen que solos los españoles merecen el título de gente y no las naciones de los indios poblados.

#### PRINCIPIO DE LA CONVERSIÓN DE LOS APACHES.

DI principio á la conversión de esta nación Apache por la banda del Norte, en las rancherías del Capitán Quinía, bien conocido por ser tan belicoso, plantando en ellas las primeras cruces; y continuándola un Religioso, se revelaron después de haberse bautizado el Capitán y su mujer é hijos, y quisieron matar al Padre que los estaba catequizando; y teniendo ya apuntadas las flechas no se atrevieron á hacerlo, y se huyeron de la ranchería y dejaron al Padre solo, con que por aquella vez los dejó; y se vuelven á reducir de paz, que siempre á los principios sucede esto en las conversiones.

#### CONVERSIÓN DE LOS APACHES DE XILA Y JEROGLÍFICO NOTABLE DE UN CAPITÁN APACHE.

VOLVIENDO, pues, al principio de esta nación Apache, por lo más cercano á la Provincia del Perrillo está la de los apaches de Xila, catorce leguas del pueblo de San Antonio de Senecu de la Provincia de los Piros. Fué Ntro. Sr. servido que se convirtiese el Capitán Mayor de ella llamado Sanaba, por haberme oído predicar muchas veces en Senecu, adonde él acudía de ordinario: y él propio predicaba á los de sus rancherías, y así se convirtió toda la en que vivía, y poco á poco va convirtiendo á las otras que le están sujetas, y hoy tenemos allí ya Religioso que los va catequizando y poblando.

No puedo dejar de decir en esta ocasión dos casos particulares que en esta conversión me sucedieron, en que V. M. echará de ver lo que allí se pasa. El uno fué: que yendo yo á este pueblo de Xila para catequizarles, súpolo su Capitán Sanaba y vino catorce leguas al pueblo de San Antonio de Senecu á recibirme, y después de haberle regalado con lo que pude, mandó á un criado que desliase un liachuelo que traía, y sacó de él una gamuza doblada, que es un pellejo de venado adobado, y presentómela, é ignorando yo lo que dentro estaba, persuadido á que simplemente me la presentaba, le dije que ya sabía él cómo yo no quería que me diesen nada, que lo que de ellos solamente deseaba era que de todo su corazón adorasen al Señor del cielo y tierra, y sonriéndose me dijo que desdoblase la gamuza y viese lo que tenía dentro. Hicelo así y vide en ella que era muy blanca y grande, y pintado en medio de ella un sol de color verde con una cruz encima, y abajo del sol pintada la luna de color pardo con otra cruz encima; y aunque se me traslució algo de lo que me quería decir, le pregunté qué significaba aquella pintura. Dijo así: «Pa-

dre, hasta ahora no habíamos conocido otro bienhechor tan grande como el sol y la luna: porque el sol nos calienta y alumbraba de día y nos cría las plantas, y la luna nos alumbraba de noche; y así adorábamos á estos dos como á quien tanto bien nos hacía, y no sabíamos que había otra cosa mejor; pero ahora que nos has enseñado que Dios es el Señor y criador del sol y de la luna y de todas las cosas, y que la cruz es señal de Dios, he mandado pintar la cruz sobre el sol y sobre la luna para que entiendas que hacemos lo que nos enseñas, y no se nos olvida que sobre todo adoramos á Dios y á su cruz santa. Sea Dios bendito y alabado por todo.» El que ha tratado de conversiones sabe sólo el gozo espiritual que un Religioso recibe cuando en semejantes ocasiones ve logrado el fruto de sus trabajos, y da por bien empleados los riesgos que en la conversión ha pasado; y asimismo se conocerá muy bien el natural talento que Dios ha dado á esta nación, tan discursivo, pues no sé yo qué mejores razones pudieran dar los filósofos naturales antiguos que este indio, bárbaro en nuestra opinión, para persuadirse á la adoración de nuestro verdadero y universal Criador, Redentor y Señor.

#### CONVERSIÓN DE LOS APACHES DE NAVAJÓ.

SALIENDO, pues, de esta Provincia de los apaches de Xila, y pasando adelante por el mismo rumbo, que es por la banda del Occidente de los poblados, costeándolos al Norte más de cincuenta leguas llenas de rancherías de la jurisdicción de Xila, se topa con la Provincia de los apaches de Navajó, que aunque son de la misma nación Apache que la antecedente, están sujetos y subordinados á otro Capitán Mayor, y tienen distinto modo de vivir: porque los de atrás no sembraban, sino que se sustentaban de caza, y hoy les habemos rompido tierras y enseñado á sembrar; y estos de Navajó son

muy grandes labradores, que eso significa Navajó, sementeras grandes. Es esta Provincia la más belicosa de toda la nación Apache, y adonde los españoles han mostrado bien su valor. Esta cordillera corre otras cincuenta ó sesenta leguas, las cuales están llenas de minerales de piedra lumbre. Y como todas estas naciones pobladas y cristianas son inclinadas á la pintura, para haber de pintar sus vestidos necesitan de piedra lumbre, que solamente la hay en aquellas serranías; y para ir por ella se juntan dos ó tres mil indios, á los cuales salen á recibir de guerra los dichos apaches de Navajó en defensa de su tierra, y sobre el caso hay muchísimas muertes, si no es que llegan en ocasión que los apaches se han remontado á otras serranías á cazar; y después que saben que les han ido á quitar la piedra lumbre, se juntan muy de propósito y vienen á hacer guerra á los cristianos en venganza de que han entrado en sus tierras; y la gente es tanta, que en dos días se juntan más de treinta mil indios de arco y flecha: y éste es muy pequeño encarecimiento, porque algunas veces que allí han ido á pelear los españoles, en castigo de los muchos indios cristianos que matan, aunque les daban albazo y cogían descuidados, siempre hallaban los campos cuajados de gente sin número. Tienen su modo de vivienda debajo de tierra y cierto modo de jacales para recoger sus sementeras, y siempre habitan en aquel puesto. Y ahora, por el mes de Septiembre del año pasado de 629, fué nuestro Señor servido que los pacifiqué, para cuyo efecto fundé un convento é iglesia en el pueblo de Santa Clara, de la nación Teoas, cristianos, que eran vecinos en frontera y recibían muchos daños de estos apaches; y deseaba yo mucho hacer las paces entre ellos, que de ahí resultaría también su conversión, como resultó; y porque fué particular el suceso de ella y quizás gustará á V. M. saber el modo como se hizo, fué así:

El mes de Septiembre del año pasado de 1629, asistiendo en el Convento de Santa Clara sobredicho, en el pueblo llamado Capoo, que fué el último y décimo que á honra y gloria de Dios nuestro Señor fundé en aquellas conversiones, adonde más de ordinario acudían estos apaches de Navajó á hacer

daños, y visto que no podía coger á ninguno para regalarle y enviarle otra vez á su tierra y dijese á sus capitanes que tratásemos de las paces, me aventuré y determiné á enviarles doce indios de los míos cristianos, hombres de talento y animosos, para lo cual llamé á los capitanes y viejos del pueblo y les comuniqué el deseo que tenía de que aquellas paces se hiciesen, así para atajar tantas muertes, como para que se tratasen y comunicasen en sus granjerías, y lo principal, que por este camino conseguiríamos su conversión, que era mi principal fin. Todos fueron de este parecer, y nombrando á uno de los doce por Capitán, por ser indio de más talento, le dieron la embajada de la paz á su usanza, que fué una flecha, y en lugar de pedernal una pluma de colores y un cañuto lleno de tabaco, comenzado á chupar, con otra pluma que señalaba en lo que habían ellos chupado. Pues la flecha era para que llegando á vista de la ranchería y acercándose tirase aquella flecha mansa en señal de paz, y el cañuto para que los brindase á chupar y corriese la tierra adentro esta palabra, y paz. Yo también le dí mi palabra de paz, que fué un rosario para el Capitán, y que deseaba verme con él para tratarle estas paces; y para que esto tuviese el buen efecto que tuvo, acertó á ser la víspera de las Llagas de nuestro Padre San Francisco, que son á 17 de Septiembre, del año pasado de 629; y así, les dije que vinieran á oír Misa al otro día, adonde concurrió toda la gente, pidiendo á Dios el buen suceso, y á nuestro Padre San Francisco fuese patrón de él; y así, le dediqué luego aquella conversión y Provincia. Oída, pues, la Misa, que se cantó con toda solemnidad, salieron estos indios con muy grande ánimo y espíritu, y habiéndome pedido la bendición comenzaron su camino desde la misma iglesia. Sabe Dios las apreturas en que estaba mi corazón viendo el riesgo tan manifiesto en que yo ponía á aquellos indios: que cuando se sale mal de una empresa, nunca faltan émulos que la juzgan por temeraria; y si sucede bien, pocos la engrandecen; pero siempre tuve muy entera fe en Dios nuestro Señor, que los había de guardar de sus enemigos.

Llegados, pues, á vista de la primera ranchería, frontera

de aquella nación indómita y feroz, adonde estaba el Capitán Mayor de todas aquellas fronteras y el más esforzado primo del cacique que los gobernaba á todos, que vino allí sólo á hacer gente para hacer á los cristianos un daño notable: tiraron la flecha que llevaban señalada, que vista por el enemigo les respondió con otra de la misma suerte, con lo cual se fueron acercando, aunque con espacio y recelo. Llegados, dióle su embajada nuestro Capitán y le brindó con el cañuto del tabaco, y así recibió también mi rosario y dió su embajada de parte de sus Capitanes y de la mía; y como nunca había visto rosario, preguntó qué significaba tener aquel hilo tantos granos. Respondióle nuestro embajador inopinadamente, aunque con sutileza, que como ellos eran muchos Capitanes, les enviaba allí el Padre á cada uno su palabra de que sería su amigo, respuesta que le satisfizo mucho; á lo cual respondió el Capitán, dando un muy grande suspiro, que le pesaba mucho de que hubiesen venido á ofrecerle la paz, que por ser cosa tan buena y traérsela á su casa no podía dejar de recibirla; pero que él estaba muy ofendido de los cristianos, y que en esta ocasión tenía dispuestas las cosas de manera que se había de vengar muy bien; pero que él recibía la paz y la quería: y así, envió luego la flecha á su cacique y el cañuto del tabaco, y se quedó con mi rosario al cuello; y receloso de que esto tuviese algún trato doble, dijo á los nuestros, que aunque él daba la paz en nombre de todos, que quería saber de mí y de todos los Capitanes cristianos personalmente si era verdad que se la dábamos, y que así, quería venir á vernos á nuestro pueblo.

Fuí avisado de ello por uno de los nuestros que vino por la posta, é hice que le saliesen á recibir más de mil y quinientas almas; yo le esperé en la iglesia, la cual mandé componer bien y encender muchas luces, porque ya era de noche cuando llegaron; y porque esta nación es soberbia y briososa, me pareció recibir á este Capitán y á los que con él venían, con diferente modo que á las demás naciones: que en el suelo nos sentamos con ellos á los principios, conformándonos con su llaneza hasta que les enseñamos más policía; pues siendo la nación Apache

17.—Ap. II.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"FERNANDO REYES"  
SAN ANTONIO, MEXICO

tan soberbia, me pareció mudar estilo; y así, junto al altar mandé poner una silla sobre un tapete, y sentado en ella le recibí. Venía delante de él todo el pueblo, y entre los Capitanes cristianos venía este Capitán apache y otros cuatro Capitanes de los suyos. Entrados en la iglesia y hecha oración al altar, se vino á mí el Capitán Mayor de los cristianos y me besó los pies, cosa que no repugné mucho, ni tampoco la tenía prevenida, y á su ejemplo é imitación hicieron lo propio los extranjeros; y después de haberme saludado, dijo el Mayor que aquellos Capitanes le habían ido á ofrecer la paz de mi parte y de sus Capitanes, y que él lo venía á saber personalmente para mayor seguridad. Luego se levantó el Capitán Mayor del pueblo y le ofreció al apache su propio arco y flechas, diciendo que allí delante de Dios, que estaba en aquel altar, y de mí, que era Sacerdote suyo, le daba aquellas armas en fe de su palabra que jamás faltaría con la paz, y así, las puso en el altar; y para que echase de ver que todos decían lo mismo, dijo al pueblo si todos consentían en ello, y dando un grande alarido respondieron que sí. Luego el Capitán apache escogió de su carcax una flecha, á su parecer la más á propósito, de pedernal blanco y bien agudo, y delante de todos, en voz alta, dijo así: «Yo no sé quién es ese que decís Dios; pero pues le ponéis por testigo y firmeza de vuestra palabra, en fe de que no habéis de quebrantar sin falta, debe ser alguna persona de grande poder y autoridad, y buena; y así, á ese Dios, quien quiera que sea, doy también mi palabra y fe, en nombre de todos los míos, con esta flecha en manos de este Padre, y que por mi parte, ni de los míos, jamás faltará la paz y amistad.» Y recibiendo de él la flecha le dije que si quería que le dijese quién era Dios, gustaría de oirme, y mucho más de haberle dado la palabra. Y diciéndome que sí, le manifesté con las más breves palabras, á su modo, quién era Dios, Criador, y Señor de todo lo criado, y que por librarnos de las penas eternas había muerto en una cruz, mostrándoselo todo por pintura en el altar; y que el que no le adorase y se bautizase se había de condenar é ir á arder á aquellas penas eternas. Y como la palabra de Dios es tan eficaz, obró tanto en su corazón, que

con un grandioso espíritu y suspiro se volvió á todo el pueblo y con voz muy alta les dijo: «¡Ah teoas! y qué envidia os tengo que tenéis aquí quien os enseña quién es Dios y cosas tan buenas; y no nosotros que vivimos y morimos andando por esos campos y serranías como venados y liebres. Desde luego digo que adoro á este Dios que dice este Padre, y ahora que le conozco doy la paz y mi palabra de guardarla con mayor fuerza! Y con lágrimas de sus ojos se hincó de rodillas á besarme los pies, á lo cual yo le levanté y abracé con todo el agasajo que pude, y luego le fueron abrazando todos los Capitanes cristianos; y á esta sazón hice repicar las campanas, tañer las trompetas y chirimías, cosa que gustó él mucho de oír por ser la primera vez. Y yo colgué luego allí aquellas flechas en el altar como trofeos de la divina palabra, aunque por Ministro tan humilde como yo, y así se lo manifesté al pueblo para que por todo diesen gracias á la Divina Majestad; con lo cual llevaron los Capitanes cristianos á los huéspedes á hospedar á sus casas, y yo les regalé con lo que pude.

Al otro día de mañana, como era sábado, repicando á la Misa de nuestra Señora, adonde concurre todo el pueblo, vino también este Capitán apache con los demás cristianos y con los suyos, y sabiendo que yo me llamaba Alonso, dijo que le diese licencia para llamarse así: yo le dije que así se llamaría cuando se bautizase, aunque desde luego le llamaban todos Don Alonso. Vestime para comenzar la Misa con los mejores ornamentos que había, y él estaba admirado de ver la devoción con que toda la gente estaba de rodillas rezando. Antes de comenzar la Misa casé á unos indios, y como ellos tienen las mujeres que pueden sustentar, le pareció muy bien que los cristianos no tuviesen más de una, y que prometían guardarse fidelidad delante de Dios. Pues como yo quería comenzar la Misa y él aun no era bautizado, díjele que hasta que lo fuese no podía ver á Dios en la Misa, que se saliese á pasear con los suyos mientras la decía; á lo cual respondió que él se tenía ya por cristiano y adoraba á Dios más que todos cuantos allí estaban, con todo su corazón, y que así le quería ver también. Y replicando yo que no podía hasta estar bautizado, mandó á

sus compañeros que se saliesen, pero que él en ninguna de las maneras había de salir. Yo, por divertirle, mandé á los cantores que cantasen la Salve de canto de órgano, con toda la solemnidad y con trompetas y chirimías; y así, revestido en el altar, canté la oración, y acabada me senté en la silla y le volví á decir algunas palabras acerca del misterio de la creación y redención, con que quedaba cada vez más confirmado en la fe.

Habianse juntado á oír Misa algunos soldados españoles, y dijo que la misma paz que había asentado con los teos, quería también establecer con los españoles; y así, á un Capitán español que allí estaba, le dió una flecha por mi mano en señal de palabra de que no faltaría con la paz; y nuestro español, sacando la espada de la vaina, me la dió también delante del indio en fe de que le daba la paz en nombre de Dios, y recibía la suya; y todo, como antes, se puso en el altar, ofreciéndolo á Dios como juez y testigo de aquella acción, que asimismo se celebró segunda vez con campanas, trompetas y chirimías; con lo cual quedó él muy consolado, diciendo que bien se echaba de ver la verdad de nuestra santa fe católica, pues se celebraba con tanta solemnidad, y que ellos vivían como animales brutos del campo. Y con esto le envié con algunos Capitanes cristianos á su casa y dije la Misa al pueblo, de que él se daba después por muy ofendido, que quisiera haber visto á Dios en la Misa.

Estúvose allí él y los suyos tres ó cuatro días oyendo con devoción y amor las cosas de nuestra santa fe católica, atendiendo y notando el gusto con que vivían los cristianos, y en particular se les había asentado muy en el alma el miedo de las penas del infierno, y que en todo caso querían ser cristianos; y que ellos querían mucho á sus mujeres é hijos y á los de su nación y les pesaría mucho de que fuesen al infierno por no ser cristianos; por lo cual me rogaban mucho que fuese á sus rancharías, siquiera por diez días, á decir á los suyos lo que allí me habían oído, que eran cosas tan maravillosas, que ni él acertaría á decirlas, ni los suyos las creerían por decírselas él. Al fin se fué para volver de allí á luna y media (que

ellos cuentan por lunas), y para confirmar estas paces quería traer á todas las mujeres y chiquillos de aquellas rancharías comarcanas con muchas gamuzas y piedra lumbre, para hacer una grande feria que durase tres días y se cobrasen grande amistad. Y desde luego aseguró que entrasen á cazar y á lo que quisiesen por su tierra, que como muy amigos se tratarían; y así fué, que de antes á cuarto de legua se pasaba por allí con mucho riesgo y cada día mataban cristianos, y desde esta paz salían hasta las viejas por leña por aquella parte, y si encontraban apaches les hacían muy buen pasaje y repartían de la caza que habían cazado. Esta conversión y pacificación va prosiguiendo un Religioso de muy grande espíritu, que la hará con muchas más ventajas que yo. Tendrá esta Provincia por la frontera más de 50 leguas, pero dilátase al Occidente más de 300, y no sabemos adonde se acaba. Y es esta Provincia la que más pena y cuidado ha dado al Nuevo México, así por ser tan belicosos y valientes, como por haber en ella más de doscientas mil almas, por las veces que los han visto los españoles yendo á pelear.

#### APACHES VAQUEROS DEL GANADO DE SÍBOLA.

PASADA, pues, esta Provincia de los apaches de Navajó, volviendo ya sobre mano derecha al Oriente, se comienza la Provincia de los Apaches vaqueros, la cual corre por aquella parte y vuelve cercando á los poblados más de 150 leguas hasta llegar á los del Perrillo, adonde comenzamos al entrar en el Nuevo México. Toda esta nación y Provincia se sustenta de vacas que dicen de Síbola, semejante al nuestro en la grandeza, pero muy diferente en la forma, porque es muy corto de piernas, como derrengado, y muy alto de corcova y pecho, cuernos muy pequeños y agudos, derechos á lo alto, muy gran-